

perseguido al Sacerdote católico, mirándolo el mundo con indiferencia, más ahora del seno mismo de esta sale una centella de fuego que manifiesta sino amor, al menos benevolencia para con él. Dios quiera que vuelva á conquistar su lugar en medio de los pueblos que esta llamado á esclarecer y dirigir, porque á su elevacion y á su gloria se deberá la rehabilitacion y la gloria de la humanidad.

---

## CAPITULO XI.

---

### HEROISMO DEL SACERDOTE CATÓLICO.

El Sacerdote católico disfrutaba en paz del patrimonio que con su sangre y su genio habia adquirido; respetado de los grandes, amado de los pequeños, seguia el camino y el ejemplo de su Maestro que habia pasado haciendo el bien, cuando fué violentamente atacado, no ya por razonamientos formales, ni por la lógica de Celso, sino por la filosofía burlona de Juliano. Por mucho tiempo combatió estas funestas doctrinas; mucho tiempo antes que estas se manifestaran, señaló al mundo la tempestad que ellas



abrigaban en su seno. Redoblando su celo y su amor, ora para conjurar la tempestad: más sus oraciones fueron vanas. Fué preciso ceder al fin. Un dia, la furia de la tempestad fué tan grande que la sociedad comenzó á bambolear por todas partes, el hacha revolucionaria se levantó sanguinaria, el cadalso se alzó horrible y amenazante; todo lo que era virtuoso y honrado fue arrollado por un triunfo infernal: hubo entónces un gran combate entre la atrocidad horrible y la resignacion sublime. En aquellos dias de desolacion, se empujó al Sacerdote hasta la barra de las pasiones, y allí fué intimado, bajo pena de muerte, á regenerar de su fé y de su Dios, de su Iglesia, de su jefe, de su pasado y de su porvenir. Solo con tal condicion se le permitia vivir. Solo una palabra respondió el Sacerdote católico al tribunal sanguinario, la que Pedro su jefe habia respondido mil setecientos años antes de la Sinagoga deicida: *Juzgad por voz mismos, si valga más obedecer á los hombres que á Dios.* Y el Sacerdote subió tranquilo las gradas sangrientas, tendió dulcemente su cuello al verdugo, y murió. Entónces fué cuando bajo la cortante hoja del puñal del perseguidor, brilló con todos sus refulgentes destellos el heroismo del Sacerdote católico. Nunca, desde Neron y Do-

miciano, se habia presentado tan grande. Se le vió entónces renunciar á todo, á los bienes de este mundo, á los honores, á la gloria, á la misma vida; nada conservó de lo que poseía; y como en otro tiempo se mostró al pueblo á Jesucristo cubierto de oprobios, así desde lo alto del fatal instrumento, cubierto con el lodo de las pasiones, y cargado con las iniquidades del pueblo, se le dijo: *Ved aquí al hombre.* Sí, en aquel momento supremo, entre aquella caterva ébria de sangre, no habia más que un hombre, el Sacerdote.... el Sacerdote solo era el hombre fuerte, el hombre excelente, el hombre Cristo, que sabe entregarse y morir por la nacoín y por el mundo.

Con frecuencia se repetia que la revolucion habia hecho conocer á los hombres: se tuvo razon; ántes de ella el vicio, comprimido por el temor, no se atrevia á manifestarse, cubriéndose entónces con el manto de la hipocrésia; la virtud, disfrutando ántes de la paz, no habia tenido ocasion de desplegar su valor, estando hasta entónces desconocida: pero desde que las pasiones bajo la barrera de la licencia, batieron con toda su furia al suelo frances, todas las máscaras cayeron, todos los velos que ántes cubrian á los hombres caidos, dejaron verlos tales como



eran. El pícaro pudo ya entonces cometer impunemente sus crímenes; se vió tambien al hombre virtuoso permanecer fiel á su deber y á su conciencia, mostrando todo lo que puede la religion. Entonces aparecieron aquellos grandes crímenes que mancharon la Francia del 93, y las grandes virtudes que la enaltecieron.

Lo que hay de glorioso para la virtud, es el brillante triunfo que entonces alcanzó el sacerdote católico en aquella famosa sesion donde, segun un decreto de la asamblea nacional, todos los eclesiásticos que eran miembros de ella, debian ser individual y nominalmente obligados á prestar el juramento en presencia del cuerpo legislativo de mantener la constitucion civil del clero. Sus enemigos nada olvidaron para asegurarse la victoria; al rededor de la sala y en todas sus avenidas, hordas de asesinos pagados, quienes despues de haber prodigado las mayores injurias y más crueles amenazas á los Obispos y sacerdotes que se dirigian á la Asamblea el día en que debia exigírseles el juramento; hacian tambien retumbar con sus hullidos hasta el fondo de la sala esta amenaza de muerte: *A la linterna los Obispos y sacerdotes que no presten el juramento.* Advertidos por una señal convenida, el presidente se levanta y da en alta

vez lectura á la lista de los sacerdotes no juramentados; el primero que se nombra es á M. de Bonna, Obispo d'Augen,

"Señores, responde el prelado, los sacrificios de la fortuna nada me costarian; pero hay uno que nunca podria hacer, el de vuestra estimacion y mi fé. Estoy seguro de perder ambas si prestara el juramento que se me exige." Respuesta tan firme y tan digna de los primeros confesores de la fé, sorprendió á aquellos hombres cuyo proyecto era descatolizar la Francia.

M. Fournez, Sacerdote de la mssma diócesis, fué llamado despues de su Obispo para prestar el juramento á la Constitucion. Fiel imitador de su maestro, tambien rehusó, y su respuesta al delegado de la Convencion, fué una de aquellas respuestas heróicas que tienen más de ángel que de hombre. "Quereis, les dijo, recordarnos la disciplina de los primeros siglos de la Iglesia; pues bien, señores, con la simplicidad que me caracteriza, os diré que me glorío de seguir el ejemplo que acaba de darme mi Obispo y marchar sobre sus huellas, como Lorenzo sobre las de Sixto, hasta el martirio."

M. de Beaucareil no fué ménos enérgico en su respuesta al alcalde de Paris, que lo habia invitado á su casa á fin de obligarle con esto á que



prestará juramento. Despues de haber ensayado con la calma más profunda, todo el fuego de la declamacion del funcionario público, el Sacerdote se levanta: «Adios, señor, le dice al alcalde, olvidais que á mi edad no se piensa más que en el grande negocio de la eternidad y en la terrible cuenta que un pastor octogenario tiene que dar de sus ovejas al Soberano Juez.»

El abate Roger habia desempeñado en Paris diferentes funciones del ministerio eclesiástico. Siempre y en toda circunstancia, habia desplegado la virtud de un apóstol y la ciencia de un doctor. Era cura de San Juan en Greve cuando se le exigió el juramento: el digno cura no titubeó ni un momento entre su deber y las exigencias de la revolucion. El 1.º de Setiembre, que era sabado y víspera del dia en que aquella feroz canalla habia fijado para la carnicería de los ungidos del Señor, el Sacerdote Roger fué enviado con una gran parte de sus compañeros de cautividad á la prision de la Abadía: se felicitó de encontrarlos á todos dispuestos para hacer á Dios al sacrificio de sus vidas. Pasó el resto del dia en rezar su oficio con ellos, y en otras oraciones, y en conversar sobre la eternidad. Al dia siguiente, luego que despertó, corrió hacia sus compañeros, y les dijo: «Queridos

amigos, hoy es el dia del Señor. Si estuviéramos libres, todos celebraríamos, ú oiríamos todos libres la santa misa; pero ya que no podemos tener esta felicidad, unámonos al Sacrificio ofrecido en este momento por algun ministro de Jesucristo. Me parece que esta será nuestra última misa, y no volveremos á decir otra, sino cuando estemos en el cielo: todo nos anuncia que hoy es nuestro último dia. Al instante todos los Sacerdotes cayeron de rodillas, y el abate Roger comenzó la recitacion de las oraciones del misal. El fervor y la fé con que cada uno las repetia, persuadidos, como estaban que era la última vez que lo harian, los alentaba recíprocamente, dándose todos el ejemplo más eficaz para moverse á sostener la prueba del martirio. El resto del dia se pasó en otros ejercicios, relativos en su mayor parte á las circunstancias críticas en que se encontraban aquellos cautivos de Jesucristo, cuando á las tres de la tarde oyeron el ruido de la carnicería que comenzaba en un patio vecino á la sala donde ellos estaban encerrados. Levantandose luego Roger, exclamó: «Queridos compañeros, la hora de nuestra muerte ha sonado ya: que cada uno de nosotros se confiese: hagámoslo así todos.» A tales palabras, los unos á los otros se confesaron y todos



suplicaron al venerable cura que les diera una absolucion general. De pié, en medio de ellos, con el acento más vivo de la fé, levanta sus ojos al cielo y les da su bendicion pedida. Estaban todavía de rodillas, con los ojos y las manos levantadas al cielo, ofreciendo todos con una voz sola su vida al Señor, cuando los verdugos entraron. Primero es arrastrado el abate Roger, é interrogado de nuevo por aquellos sicarios para que prestara el juramento cívico, de nuevo responde, rehusándolo con la calma más heroica. Ya los sables estaban levantados para caer sobre su cabeza, cuando les dijo con una voz conmovedora: «¿De qué quereis castigarme, hijos míos? ¿qué os he hecho? ¿qué he hecho yo á la patria, para que os llameis sus vengadores? El juramento que de mí exigis nada me costaria, y con mucho gusto lo prestaria, si como creeis, fuera puramente civil. Soy obediente como vosotros á las leyes. Que se me permita exceptuar del juramento que me pedís, todo lo que vé á la religion, y entónces lo haré con gusto y nadie de vosotros me ganará en fidelidad.» Repentinamente uno de aquella horda lo tomó de los cabellos, lo arrastro, le dió de golpes y le sepultó su puñal en el pecho.

El almanaque de las gentes honradas de 1793 refiere otra muerte no ménos heroica. En el momento en que se abre la puerta donde permanecia José María Gros, cura del San Nicolás de Chardonnet, vió entre sus asesinos á uno de sus parroquianos á quien muchas veces le habia hecho bien.

—«Amigo, yo te conozco.

—¡Eh, sí! le respondió el antropófago—y yo tambien á tí; y recuerdo que en muchos casos de necesidad me habeis socorrido.

—¡Pues cómo me pagas ahora así!

—¿Qué quereis que haga, replicó el verdugo: pero esta no es culpa mia; la nacion lo quiere así, y ella es la que me paga.»

Concluidas estas palabras, el horrible caníbal hizo seña á sus camaradas, y todos juntos se apoderaron del venerable Sacerdote y lo arrojaron por la ventana: sus entrañas quedaron extendidas sobre el pavimento: y sus miembros divididos, palpitando por unos momentos.... Después de muerto, se abrió su testamento: legaba todos sus bienes á los pobres de su parroquia.

En las provincias tambien el Sacerdote católico brilló por su celo y su heroismo. El abate Pacquot, cura de la diócesis de Reims, era por